

Las bases del materialismo histórico

MATERIALES PARA LEER EL PREFACIO A LA CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA DE MARX

Ramon ALCOBERRO

En el Prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política* datado en Londres, en enero de 1859, Marx recuerda que no es un texto definitivo. Se trata únicamente de: *los materiales de la obra en forma de monografías que fueron escritas con grandes intervalos en distintos períodos para el esclarecimiento de mis propias ideas y no para su publicación; la elaboración sistemática de todos estos materiales (...) dependerá de circunstancias externas.*

De hecho, en la *Contribución* estamos leyendo una reflexión ya muy madura, pero cuyo último eslabón aunque, entrevisto, no está todavía forjado. *El Capital* (1867) fue la elaboración definitiva de todos estos materiales, cuyo origen hay que buscar en su época de redactor de una revista radical, *La Gaceta del Rin* (1842-1843), y en los *Anales Franco-Alemanes* (1844) publicada en el exilio francés. La teoría del materialismo histórico es, pues, la construcción de toda una vida.

Hay que comprender, además, que los libros y artículos de Marx son textos militantes, escritos desde su propia experiencia en el movimiento obrero. Como dice el propio Marx, en un principio *Mi especialidad era la jurisprudencia que, no obstante, estudié como disciplina secundaria, al lado de la filosofía y la historia.* El propio título de 'contribución a la crítica' es clave: no se pretende establecer una doctrina, sino contribuir a un análisis y se está elaborando una 'crítica'. La palabra 'crítica' significa exactamente esto: que no es una 'dogmática', ni un análisis en positivo del capitalismo, sino una propuesta analítica para desmontar el edificio ideológico y económico del capitalismo. Marx pensó siempre 'en negativo' (en contra de...), convencido como estaba de que el capitalismo era una teoría del mundo llena de fantasmas, de falsas creencias que conducían a la infelicidad de los humanos.

La tesis básica de la *Contribución a la crítica de la economía política* se puede formular en breve, diciendo que para Marx la historia no es más que el desarrollo de las fuerzas productivas. Marx siempre fue un 'determinista tecnológico': según su teoría son lo que denomina *las condiciones materiales de la vida* las que explican el desarrollo y los cambios políticos y de mentalidad en la historia y la sociedad.

El *Prefacio* enuncia en síntesis su propia concepción de la teoría de la historia, de su 'materialismo histórico'. A partir de una *revisión crítica* de la *Filosofía del derecho* de Hegel: *Mis investigaciones me llevaron a la conclusión de que tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, tienen sus raíces en las condiciones materiales de vida (...) y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política.*

Esa tesis, que luego el marxismo enunciará diciendo que la infraestructura (económica) produce la superestructura (ideológica, política y jurídica), nace, pues, de una crítica de Hegel: no son las ideas (*la evolución general del espíritu humano*) las que producen el Estado y las leyes, sino que el secreto de la sociedad es la economía política. Es decir, la llave para entender lo que sucede en el mundo jurídico y política ha de buscarse en los intereses materiales de una sociedad civil de la sociedad en la que hay una pugna general por la posesión de los recursos escasos. En la sociedad civil, como había observado Hegel, y como había explicado

Las bases del materialismo histórico

también Adam Smith, cada cual va a lo suyo, cada cual procura para sí. Pero Hegel había creído que el Estado era la forma de superar la sociedad civil, en la medida en que el Estado establecía normas para todos, capaces de encauzar y de superar el conflicto atendiendo a las necesidades de todos. Para Marx, esa opinión de Hegel es una solemne tontería. La economía política, simplemente, impone sus leyes, sacralizando los intereses económicos de los propietarios en forma de leyes. El Estado no es independiente, ni superador de la sociedad civil, sino la forma en que se garantiza la supremacía de los propietarios, por encima de los intereses de la mayoría de la población.

El resultado general a que llegué y que, una vez alcanzado, sirvió de hilo conductor en mis estudios, puede formularse brevemente de la siguiente manera. En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas materiales.

El párrafo merece una lectura detallada. En primer lugar, en la teoría del materialismo histórico, los humanos producen su vida socialmente. Este punto es básico: uno no hace nunca con su vida lo que quiere; la vida es producida socialmente y, en consecuencia, el idealismo individualista constituye un error metodológico. Nadie vive solo y la vida se produce socialmente. Hay, pues, relaciones necesarias e independientes de la voluntad de uno, que simplemente nos encontramos y que no pueden ser pasadas por alto. Aquí Marx se está peleando (ya hemos dicho que toda su obra es crítica) con un hegeliano de izquierdas Max Stirner, que había reivindicado el 'yo' como una instancia absoluta, como una voluntad transformadora universal. Ese 'yo absoluto' no existe para nada. Nadie es único. Toda identidad individual es social. Existen *relaciones necesarias* que nos determinan, nos guste o no, y son de carácter social. Esas relaciones son *de producción* y, por lo tanto, las descubrimos al estudiar la economía. Corresponden a *una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas materiales*, porque suceden en lo concreto, no en un mundo de abstracciones mentales o espirituales. No solo producimos objetos (mesas, cucharas, zapatos), sino que nos producimos socialmente nosotros mismos. La tecnología, los medios de producción, no son neutros sino que nos determinan.

Metodológicamente, en la medida en que mantiene la tesis de la producción social de la vida humana, el marxismo es 'holístico' (aunque eso sea rechazado por neomarxistas como Jon Elster); es decir, mantiene la *opinión de que en la vida social existen totalidades o colectividades, irreductibles a enunciados sobre los miembros individuales*. El capital (y cualquiera otra organización de que se puedan dotar los humanos) es una entidad colectiva. Sigamos leyendo, pues:

El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de la conciencia social.

El texto es importante porque aquí se matiza el holismo de Marx. Lo que es una totalidad no es la Humanidad (en cuya existencia como 'totalidad' Marx no creía y menos todavía si palabreja tal se escribe en mayúsculas!), sino las estructuras. Hay una *base real* ('real' en Marx se opone a 'fantástico', tanto como a 'ideal') de las sociedades que es *la estructura económica de la sociedad*. Una estructura está constituida por un conjunto de normas, de reglamentos, de leyes etc. que, a la vez que otorgan sentido, disponen internamente de reglas que permiten su transformación. Las estructuras no son eternas, ni están hechas de mármol o de bronce, sino dinámicas y sometidas a presiones porque funcionan en red, interaccionando unas con otras. Siempre hay estructuras pero no siempre son las

Las bases del materialismo histórico

mismas. Por eso, sea dicho de paso, es posible una acción revolucionaria, que conduzca a un cambio de raíz en las estructuras económicas y políticas. La sociedad que, en opinión de Marx, se fundamenta en una base económica (la propiedad, la producción de bienes y servicios...) y sobre esa base se construyen leyes, mentalidades, gobiernos... *que corresponden determinadas formas de la conciencia social*. Por eso, cuando la conciencia social se modifica, cuando la base económica y material ya no es compatible con determinadas mentalidades, leyes, etc., se produce un cambio social. La conciencia social es una 'producción' (¡no se olvide!) y, por lo tanto, está intrínsecamente vinculada a la forma como se desarrolla la base material que la hace posible.

El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general.

Es, pues, la estructura económica la que 'condiciona' el mundo de las ideas y del pensamiento. Nadie puede pensar más allá, ni fuera, del mundo tecnológico en que vive y de las posibilidades que éste ofrece. El espíritu, contra lo que creían los hegelianos, no permite, por su propio desarrollo interno, la creación de la conciencia social o política. El espíritu no existe para nada al margen de la materia de la que extrae su propia condición de posibilidad. El sujeto jurídico o el sujeto moral han sido condicionados por la producción de la vida material. Y es importante insistir en que el texto de Marx dice *condiciona* y no 'determina'. El matiz es fundamental porque esa confusión ha tenido consecuencias políticas directamente siniestras.

Marx no fue entendido por los leninistas y estalinistas en la medida en que estos creyeron entender que 'la infraestructura determina' Estar condicionado por algo, no significa estar determinado. Pero los leninistas y los estalinistas (tocados por un mecanicismo muy poco marxista aunque sí positivista), negaron que existiese una cierta autonomía entre las estructuras. Eso es tanto como decir que ni Lenin ni Stalin entendieron qué era una estructura. Cuando Lenin o Stalin quisieron que un Estado 'marxista' funcionase con una planificación central fracasaron y solo lograron crear una máquina brutal totalitaria (el Gulag). Las estructuras pueden cambiar, o pueden perdurar, con una cierta autonomía porque son dinámicas. Pero es que el propio Marx les facilitó la tarea al escribir, a continuación, que:

No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es su ser social el que determina la conciencia.

Al pasar de 'condicionar' a 'determinar', Marx parece hacer un paso hacia el ámbito normativo. Pero incluso aquí, el determinismo economicista (el 'ismo' de la determinación) está fuera de lugar. Marx escribió *ser social* y no 'ser económico'. La economía, siendo una parte fundante y básica de la sociedad, no es la única dimensión de ésta. La determinación de la producción social en la producción de las ideas no se resuelve sólo en la economía porque, además, Marx insiste siempre en que la economía es 'economía política', es decir, no es una ciencia abstracta o descarnada (como la econometría o la estadística), sino que está constituida por las contradicciones y las luchas (políticas) concretas de los hombres.

Es la contradicción entre estructuras lo que produce el cambio social (o, si se prefiere, la revolución). Así:

Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas

Las bases del materialismo histórico

suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se conmociona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella.

En opinión de Marx, la revolución es la consecuencia de los cambios que se han producido en la base económica, en la tecnología y en las formas de producción: esta es la idea básica del materialismo histórico y el criterio que nos permite entender la historia como materialismo histórico. No es la conciencia humana sino el trabajo humano lo que cambia el mundo. En tanto que somos producidos por las *condiciones materiales de vida*, cuando estas cambian, se transforma también la forma de entender el mundo que tienen los humanos. La revolución es una *conmoción*: poco o nada de lo que era válido cuando las relaciones de producción eran diferentes se mantiene en pie. Pero la pura voluntad no es suficiente para desencadenar el cambio revolucionario.

Así, pues, al estudiar la historia desde un punto de vista marxista hay que diferenciar entre una infraestructura, o base material, y una superestructura (ideología, leyes, conciencia...).

Cuando se estudian estas conmociones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo.

La ideología no es un mero producto mecánico de la economía, pero no puede separarse ella, como el edificio no puede sostenerse sin los cimientos que lo sustentan.

... no podemos juzgar tampoco a estas formas de conmoción por su conciencia. Por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las formas productivas sociales y las relaciones de producción.

El espíritu no existe sin materia que lo sustente. Las relaciones de producción (que son relaciones de poder) se transforman, y los humanos luchan entre sí porque perciben que las condiciones que hacen posible su existencia en el mundo han cambiado, y porque su misma identidad socialmente construida está siendo transformada y/o amenazada en estos cambios. La conciencia (en tanto que conciencia producida socialmente, es decir, de conciencia de clase) es fundamental para percibir los cambios o, en palabras de Marx, *las contradicciones de la vida material*. El concepto de clase, *'que agrupa a quienes están unidos por la necesidad y un destino común'* (Elster, p. 133) y a quienes sienten que está en juego su dotación, o su capacidad para recibir los beneficios de un cambio material y tecnológico, será fundamental para una concepción materialista de la historia en clave marxista. Pero sólo con conciencia de clase el mundo no se transformaría. En palabras de Marx: *no podemos juzgar a estas épocas de conmoción por su conciencia*. La revolución no es un acto de voluntad o la pura consecuencia de un análisis teórico. Sólo es posible porque previamente se han producido cambios fundamentales que afectan a la forma en que los humanos se conciben como tales. No es un acto moral sino la consecuencia de muchos pequeños cambios en la base productiva y en la forma como se distribuye la riqueza. La conciencia de clase nace de una serie de condiciones materiales, infraestructurales:

Hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción.

Las bases del materialismo histórico

La contradicción que se establece entre las capacidades que ofrece la tecnología y las relaciones humanas que se establecen en la sociedad puede llegar a ser intolerable. El crecimiento de la riqueza puede hacerse cada vez más incompatible con la miseria de los trabajadores que la producen, de ahí la conciencia del cambio histórico (y de la urgencia de dicho cambio) que prende en los sectores transformadores. Las *contradicciones de la vida material* se hacen patentes al observar la diferencia entre lo que el aumento de la riqueza hace teóricamente posible y lo que realmente sucede (el empobrecimiento y la miseria de grupos cada vez más amplios). De ahí que para el materialismo histórico, el motor de la historia sea la lucha de clases. Pero esa lucha de clases está claramente determinada por las posibilidades que abre una nueva tecnología o un nuevo cambio a nivel infraestructural.

Ninguna formación social desaparece antes que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales de producción hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua.

La revolución no es, pues, un efecto de la voluntad (y menos aún de la voluntad individual) La conciencia no existe a parte del ser social que se hace consciente. Surge de *condiciones materiales de producción* que al madurar la hacen posible.

Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya existen, o, por lo menos, se están gestando, las condiciones de su realización.

La existencia real (el despliegue de la actividad humana) y la conciencia genérica (el pensamiento) crecen en paralelo. La segunda repite a la primera, lo que no quiere decir que sea su simple eco, sino que, simplemente, nunca habría existido sin ella. Una misma realidad socialmente producida se expresa realmente en la vida social e idealmente en el pensamiento o en la vida de la conciencia. Pero la conciencia no existe al margen de las condiciones que la hacen posible. Las fuerzas sociales que se despliegan en la historia son la consecuencia, a la vez, de las fuerzas de producción: todo parte de ellas y vuelve a ellas.

Entendida así, la historia no es un azar sino que expresa algún tipo de necesidad interna. El conocimiento del modo de producción (es decir de la forma y manera como los humanos han producido y se han convertido en dueños de su producto) es la clave que permite entender la historia en sus contradicciones (entre poseedores y desposeídos). La forma de producir es la clave que nos permite comprender el momento histórico en que se vive.

A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués.

Esa sería, pues, la secuencia histórica de los modos de producción, es decir, la manera de esquematizar la historia humana a partir de la distinta manera de comprender los cambios en producción. La conciencia humana es un producto de segundo orden, que deriva, en forma no lineal, de la base económica material. En cada uno de estos modos de producción, la lucha de clases se establece de manera diferente, pero siempre encontraremos explotadores y explotados porque siempre hay grupos sociales organizados antagónicos (clases) que pretenden acaparar en su propio provecho la riqueza socialmente producida.

Las bases del materialismo histórico

Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de la vida de los individuos.

El antagonismo (la lucha de clases) será, pues, el motor de la historia que no es una plácida Arcadia sino una producción de los humanos en su lucha por dominar la naturaleza y por sacar provecho de su dominación. Pero la lucha de clases había sido por lo menos intuida por muchos historiadores. Lo específicamente marxista no es creer que las *condiciones sociales* condicionan en profundidad la vida de los humanos, sino que esa contradicción, que se expresa en la lucha de clases, puede ser resuelta.

Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Marx consideraba que con la revolución industrial, con el maquinismo, la lucha de clases podría resolverse, por vez primera, con el triunfo de la inmensa mayoría, es decir, de los trabajadores, del proletariado industrial. ¿Por qué esa confianza? Pues porque, por primera vez, era la inmensa mayoría de la población la que constituía la clase explotada (el proletariado), mientras que una inmensa minoría constituía la clase explotadora (la burguesía industrial). Pero la misma tecnología, la vida en la fábrica y la comunicación de los obreros en su seno hacían inevitable la adquisición de conciencia de clase, o lo que es lo mismo, ponían las bases de la destrucción del orden social opresivo.

De ahí que Marx hable del final de la *prehistoria* de la acción humana. Es prehistórico que los humanos se exploten y se opriman unos a otros y, por lo tanto, su propuesta, el comunismo, la propiedad social de los medios de producción, representa el inicio de la historia auténtica (de la historia de los humanos reconciliados entre sí y con la naturaleza) porque representa el final del enfrentamiento brutal entre los humanos. Que esa esperanza en el comunismo se haya realizado poco o nada es otra cuestión.

Los textos citados de la *Contribución* han sido tomados de la edición de Buenos Aires, Ediciones Estudio, 1970, pp. 7-11. Trad. de Carlos Martínez y Floreal Mazía. Algunas referencias analíticas están tomadas de Jon Elster: *Una introducción a Karl Marx* (1986), publicado en trad. de Mario García Aldoñate por Siglo XXI de España: Madrid, 1991.

ESTE TEXTO ESTÁ DEDICADO A LA MEMORIA DE PERE DE LA FUENTE I COLLELL (Barcelona, 1946-2012), AMIGO DE LA VERDAD, PROFESOR DE FILOSOFÍA DE INSTITUTO, LUCHADOR ANTIFRANQUISTA Y COMUNISTA DE LOS TIEMPOS DIFÍCILES, QUE HIZO DE SU VIDA UN EJERCICIO DE DIGNIDAD, DE ENTREGA A SUS ALUMNOS Y DE SABIDURÍA.

QUIENES CON ÉL COMPARTIMOS SU AMOR POR LOS LIBROS, SU CONFIANZA EN LA EDUCACIÓN COMO HERRAMIENTA LIBERADORA Y SU SONRISA, JAMÁS LE OLVIDAREMOS.